

MARISCALES

LOS MARISCALES metidos a gobernantes me han resultado siempre odiosos. No recuerdo de ninguno que me haya producido admiración o simpatía como estadista. Creo que están bien en el campo de batalla, a caballo, rodeados de su estado mayor y dando tremendos gritos de mando, o en sus oficinas, estudiando estrategia o leyendo vidas de militares ilustres. En el gobierno resultan torpes, ingenuos o brutos.

Los mariscales llegan a ser tales ya en la vejez —salvo quizá los de Napoleón— y llegan a serlo gracias al número de batallas que han perdido o ganado. Su carrera debería terminar siempre en el mariscalato. De allí deberían irse a casita y dedicarse a cualquier cosa útil a sus semejantes o a sí mismos, a la crianza de aves, por ejemplo, o a la vida contemplativa. De ningún modo y en ningún caso deberían participar en la vida política de un país, ni aun a ruego de sus connacionales.

Un mariscal o un general metido a gobernante es la mejor prueba de que un país anda mal y de que todavía andará peor. Los pueblos —o cierta parte de los pueblos— creen que, en determinadas ocasiones, los únicos que los pueden salvar son los hombres de armas. Salvar, sí, del ataque de algún enemigo exterior, pero nada más. El hombre de armas puede pelear, ganar o perder, pero no sabe gobernar, menos aun si, como en el caso de un mariscal, es hombre viejo o caduco, endurecido en un oficio que no tiene nada que ver con el arte de gobernar a un pueblo. No hay más que mirar la historia para convencerse de que la aparición de un mariscal o algo parecido en el gobierno de un país significa, a corto plazo, la total o parcial bancarrota de ese país. Viejos, mineralizado ya el cerebro, son juguete de cualquier arribista o de cualquier astuto truchimán. Y aunque algunas veces lleguen a darse cuenta de que están siendo engañados, de que en lugar de salvar al país lo están hundiendo más, de que deberían ponerse tiesos y gritando: ¡aquí mando yo!, pulverizar a todos los traidores, espías, vendidos al enemigo o enemigos de su propia patria, no hacen nada. No se sienten seguros. La política no es el ejército ni la casa de gobierno es un campo de batalla. Hay que ser mesurado, fino, discreto, contemporizador. Y lo son, y los truchimanes se los comen.

Lejos del pueblo, lejos de sus soldados, que ya no ven en ellos a un mariscal sino a un gobernante, desorientados, fatigados, viejos, dejan hacer o hacen lo que otros, más jóvenes, más despiertos y más sinvergüenzas, les aconsejan que hagan.

El mariscal Hindenburg preparó y facilitó, seguramente sin quererlo, el advenimiento del actual dictador alemán. ¿El advenimiento de qué sabandija o sabandijas estará preparando, seguramente sin quererlo, Pétain, mariscal de Francia?

Manuel ROJAS